



Día 3: Perdonar y sanar

Génesis 50:15-21

¹⁵Viendo los hermanos de José que su padre había muerto, dijeron: Quizá nos aborrecerá José, y nos dará el pago de todo el mal que le hicimos. ¹⁶Y enviaron a decir a José: Tu padre mandó antes de su muerte, diciendo: ¹⁷Así diréis a José: Te ruego que perdones ahora la maldad de tus hermanos y su pecado, porque mal te trataron; por tanto, ahora te rogamos que perdones la maldad de los siervos del Dios de tu padre. Y José lloró mientras hablaban. ¹⁸Vinieron también sus hermanos y se postraron delante de él, y dijeron: Hemos aquí por siervos tuyos. ¹⁹Y les respondió José: No temáis; ¿acaso estoy yo en lugar de Dios? ²⁰Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo. ²¹Ahora, pues, no tengáis miedo; yo os sustentaré a vosotros y a vuestros hijos. Así los consoló, y les habló al corazón.

“El perdón no es tan sólo alguna idea difusamente vaga que se puede descartar de plano. Involucra unir a la gente valiéndonos de políticas pragmáticas. Sin perdón no hay futuro.”

Estas fueron palabras del Obispo Desmond Tutu, para quien el poder del perdón era una fuerza esencial para la Comisión de la Verdad y la Reconciliación en Sudáfrica.

La historia de José y sus hermanos relata cómo se corrige la profunda fisura que se había producido entre ellos. También es una historia acerca del poder del perdón en el ámbito personal como también en lo político. La pregunta que plantea esta historia es: ¿Cómo remienda el perdón la fisura entre José y sus hermanos?

Al morir el padre

El contexto de este episodio es la muerte del padre, Jacob. Antes de morir, Jacob bendice a cada uno de sus hijos. Su deseo de moribundo es ser sepultado con sus antepasados en la cueva de los campos de Macpela en Canaán (Gn 49:29-33).

El estrecho vínculo de José con su padre se refleja en el hecho de que “se echó José sobre el rostro de su padre, y lloró sobre él, y lo besó” (Gn 50:1). José descarta la idea de que el cuerpo pueda ser impuro o que la gente pueda considerar débil a este gobernante egipcio si llora en público. José ama entrañablemente a su padre, detalle que no pasa inadvertido a los hermanos de José.

Un cuadro típico de un deceso es la reconciliación entre un padre y sus descendientes. Habida cuenta de la larga historia de relaciones trucas entre Jacob y sus hijos, podríamos haber esperado que Jacob llamara a sus hijos para hacer las paces con ellos. En cambio, él bendice a cada uno con palabras que corresponden al temperamento de cada cual, temperamento que va a determinar su futuro. Las tensiones entre José

y sus hermanos quedan sin resolverse junto al lecho del padre moribundo.

En el funeral

Cuando se resquebraja una familia, los funerales pueden ser dolorosos. Es posible que los miembros de la familia se traten afablemente por causa de la persona occisa. El funeral de Jacob fue un acontecimiento nacional. José dedicó a su padre un período de duelo y una procesión fúnebre digna de un dirigente egipcio. Está claro que José es quien manda, aunque no sea el hijo mayor. El funeral resulta una demostración de su autoridad política en Egipto.

Después de que se embalsamó el cuerpo, y se guardaron los cuarenta días de duelo, José condujo la numerosa procesión de dirigentes egipcios, incluidos sus carros de guerra, y toda la familia de Jacob (excepto el grupo de menores), de regreso a Canaán para ser sepultado (Gn 50:1-14). Y como señala el escritor, la población cananea se sintió debidamente impresionada por este magnífico funeral egipcio que se realizaba en su medio. José hizo que su padre se enorgulleciera.

¿Cuál parece ser el papel de los hermanos en este gran acontecimiento?

Después del funeral

Una vez que hubo terminado el funeral, la familia regresó, y los hermanos se dieron cuenta cabal de su nueva realidad.

“Quizá nos aborrecerá José, y nos dará el pago de todo el mal que le hicimos” (Gn 50:15).

Guardar resentimiento: el verbo “guardar resentimiento”, lo que RV95 traduce con “abo-

¿Contribuye Jacob al conflicto entre José y sus hermanos? Si es así, ¿de qué manera? ¿Cómo se sienten las hijas o los hijos entre ellos cuando uno de los progenitores ama más a uno que a los demás y les deja una mayor herencia?

rrerer”, no aparece frecuentemente en hebreo. Ocurre en un pasaje importante que puede estar vinculado con este texto. Esaú “guardó resentimiento” contra Jacob, porque Isaac había dado a Jacob la bendición. Esaú dice que esperará hasta que los días de duelo por su padre hubieren transcurrido, y entonces matará a su hermano Jacob (Gn 27:41). “Guardar resentimiento” significa albergar una profunda animosidad, tan profunda que puede llevar al homicidio. Para los hermanos, ese mismo escenario puede repetirse. Su tradición familiar podría hacer pensar que la situación era realmente grave, aun cuando José les había dado certeza de su amor y preocupación en el momento en que les reveló su identidad (Gn 45:1-15).

La estratagema

Los hermanos idearon una estratagema para engañar a José y así protegerse. Al hacer esto, siguieron los pasos de su padre Jacob, que era un notorio maestro del ardid. En realidad, su nombre “Jacob” designa a una persona que engaña y practica trucos mentirosos.

El ardid consiste en fraguarle a Jacob un discurso de moribundo – una conversación que el amante hijo, José, presuntamente iba a respetar – y hacérselo llegar a José. Ese discurso, pergeñado con temor y engaño, está cargado de trascendencia.

“Así diréis a José: ‘Te ruego que perdones ahora la maldad de tus hermanos y su pecado, porque te trataron mal’; por eso, ahora te rogamos que perdones la maldad de los siervos del Dios de tu padre”. Y José lloró mientras hablaban (Gn 50:17).

Al pergeñar este discurso, los hermanos reconocen el mal que han cometido, un crimen

¿Se trata esto de una confesión de culpa? ¿Actúan los hermanos por un sentimiento de contrición por sus malas acciones? ¿O los mueve todavía el temor y el instinto de supervivencia?

o acto de rebelión. En hebreo esto fue una obra maligna, un pecado que provoca daño.

Tómese en cuenta la cuidadosa enunciación de la última línea. Los hermanos se identifican como siervos del Dios de Jacob, padre de José. Los hermanos apuestan al vínculo personal y espiritual de José con su padre. El lenguaje de que se valen tiene la intención de ganarse el favor de José.

Las lágrimas

José, una vez más, reacciona rompiendo en llanto. Se repiten las amargas lágrimas de cuando murió el padre. José se siente apocado. En respuesta, los hermanos también rompen en llanto y dicen: “Henos por siervos tuyos”. Ellos “se postraron delante de él”, tal como lo hicieron en el propio sueño que antaño provocó su ira contra José (Gn 37: 9-11).

¿Qué significan las lágrimas? ¿Son las lágrimas de José un prelude de la ira? ¿Un hombre apocado por lo que han hecho sus hermanos? ¿Percibe José la estratagema de sus hermanos? ¿Hay algún indicio de que los hermanos finalmente están arrepentidos por sus pecados? ¿O simplemente están tratando de “salvar su pellejo”?

Este es el momento en que podríamos suspender la narración, y pedir a la persona que nos escucha que adivine lo que va a suceder a continuación. La historia podría irse por uno de varios derroteros.

La palabra sanadora

La respuesta de José es extraordinaria. Refleja el corazón de una persona que sana por medio del perdón. Reflexionemos en el proceso de sanación por lo que sigue a continuación.

Primero, José dice dos veces “no temáis” o “no tengáis miedo”. José no es tonto. Percibe lo que hay detrás de la estratagema y se retrotrae al motivo por el que actuaron de esta manera: ¡por miedo! No hace públicos su argucia y engaño; se hace cargo de un problema más profundo: la incertidumbre y el temor de sus hermanos.

Por eso la primera fase de su alocución terapéutica consiste en transmitir certidumbre, hacerle frente a sus temores internos.

Segundo, José formula la retórica pregunta: “¿Acaso estoy yo en lugar de Dios?” Irónicamente, José podría haber dicho: “sí”. Como gobernante de Egipto podía ser considerado como un gobernante que ocupa el lugar de una divinidad egipcia y podría haber emitido juicio sobre sus hermanos como si fuera un juicio de Dios. En cambio, opta por identificarse como un ser humano igual a los demás. José es hombre y deja el juicio a Dios. Otra fase de la sanación es identificarse con quienes están en necesidad, ser persona humana y no hacer el papel de Dios.

Tercero, José lee la historia de sus relaciones desde una óptica evangélica. Se resiste a permitir que las malas acciones de sus hermanos sean determinantes. José no toma venganza, respondiendo mal con mal. José no ve la justicia como punitiva o retributiva. En cambio, discierne que detrás de sus limitados métodos humanos, Dios está en acción. Lo que planearon para mal Dios lo convirtió para bien: la supervivencia de un pueblo. La bondad y el amor de Dios operan en nuestras vidas aun cuando éstas estén quebrantadas y sean destructivas. Una tercera faceta de la sanación es discernir la mano de Dios en nuestras vidas “encaminada a lograr el bien”.

Cuarto, José demuestra su perdón con algo más que palabras. Una vez más garantiza a sus hermanos que ellos y sus familias tendrán lo que necesitan para vivir en Egipto. Aquí no hay animosidad, sólo reiteración de confianza. En función de estos actos, el

perdón de José también implica pragmatismo político, asegurar la integridad de esta familia de extranjeros en Egipto.

Quinto, el comentario del narrador resume la fuerza del perdón de José. Literalmente reza: “él tiene compasión (*najam*) de ellos y les habla al corazón”. “Ahora, pues, no tengáis miedo; yo os sustentaré a vosotros y a vuestros hijos” (Gn 50:21). Así les dio confianza, pues les habló afablemente.

Najam: En un modo en particular, este verbo designa a una persona que “siente” lo que ha hecho y “se lamenta” por lo que ha sucedido. En otro modo verbal, designa condolencia o empatía frente a una persona con dolor. En esta historia, podríamos suponer que los hermanos lamenten sus pecados. En cambio, es José quien se lamenta. José siente empatía – condolencia –, aun cuando sus hermanos parecen permanecer atemorizados. Al final, José habla “a su corazón”. El perdón de José es total. Él extiende su mano compasiva para traer sanidad a la familia.

Para discusión ulterior

Se supone usualmente que el perdón va precedido del arrepentimiento. Anunciamos el perdón en el culto después de la confesión. En la vida real, sin embargo, el perdón no necesariamente precede a la aflicción y tristeza por causa del pecado. A veces el perdón de la parte injuriada suscita arrepentimiento. A veces es una palabra de amor, o un “hablar al corazón”, en lugar de una amenaza de la ley lo que provoca arrepentimiento y encamina hacia la sanación.

Norman Habel

Referencias:

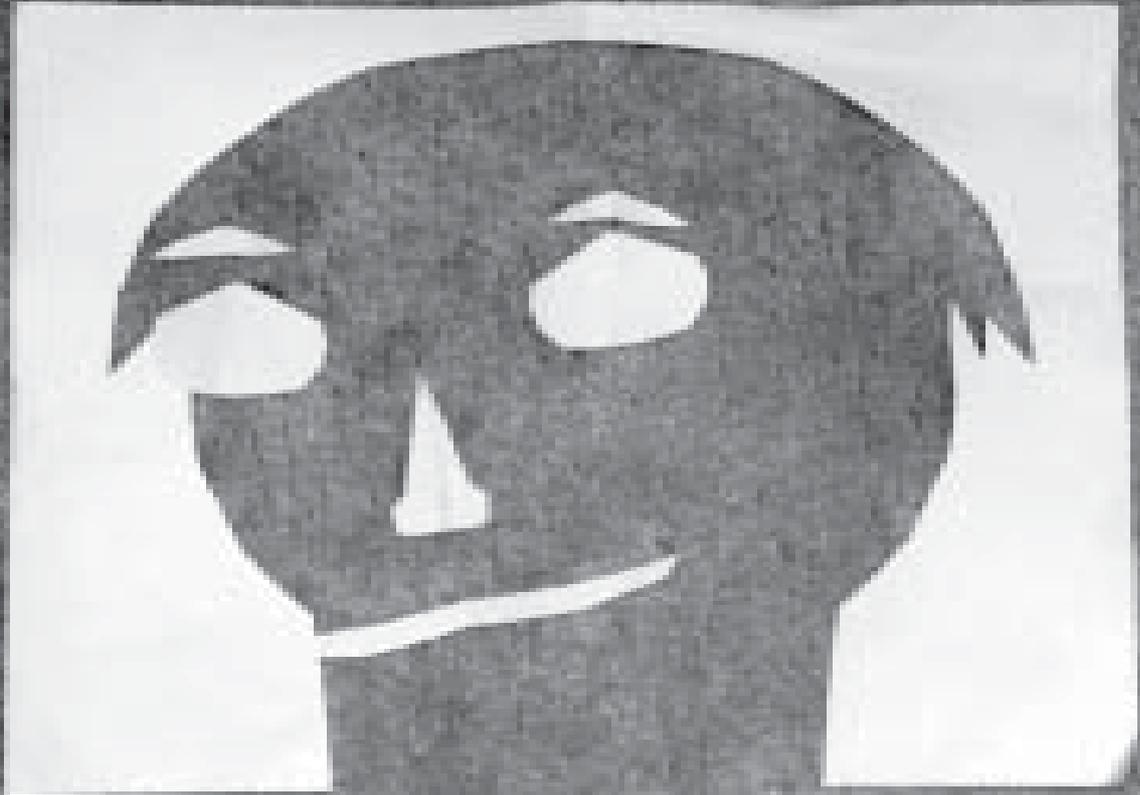
Brueggemann, Walter (1982), *Genesis Interpretation* (Atlanta: John Knox Press).

Henderson, Michael (1999), *Forgiveness. Breaking the Chain of Hate* (Wilsonville, Oregon: Book Partners Inc.).

von Rad, Gerhard (1961), *Genesis. The Old Testament Library* (Filadelfia: The Westminster Press).

Habel, Norman (2000), *Reconciliation. Searching for Australia's Soul* (Melbourne: Harper Collins).

Describanse situaciones o sucesos en la vida de las personas en que la palabra de perdón tuvo el poder de sanar y restaurar relaciones, aun cuando la parte culpable no admitiera estar equivocada. Rememórense otros episodios en que el poder del perdón fue parte de un proceso de cura. ¿De qué manera difiere esto del concepto normal luterano de que la ley nos acusa de nuestro pecado y el evangelio nos ofrece la palabra de perdón por parte de Cristo? ¿Da la impresión de que Dios ha ofrecido perdón antes que nos arrepintamos?



Lucas 7:36-50

³⁶Uno de los fariseos rogó a Jesús que comiese con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se sentó a la mesa. ³⁷Entonces una mujer de la ciudad, que era pecadora, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con perfume; ³⁸y estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los enjugaba con sus cabellos; y besaba sus pies, y los ungía con el perfume. ³⁹Cuando vio esto el fariseo que lo había convidado, dijo para sí: Este, si fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que le toca, que es pecadora. ⁴⁰Entonces, respondiendo Jesús, le dijo: Simón, una cosa tengo que decirte. Y él le dijo: Di, Maestro. ⁴¹Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta; ⁴²y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Di, pues, ¿cuál de ellos lo amará más? ⁴³Respondiendo Simón, dijo: Pienso que aquél a quien perdonó más. Y él le dijo: Rectamente has juzgado. ⁴⁴Y vuelto a la mujer, dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, y no me diste agua para mis pies; mas ella ha regado mis pies con lágrimas, y los ha enjugado con sus cabellos. ⁴⁵No me diste beso; mas ésta, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies. ⁴⁶No ungiste mi cabeza con aceite; mas ésta ha ungido con perfume mis pies. ⁴⁷Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; mas aquel a quien se le perdona poco, poco ama. ⁴⁸Y a ella le dijo: Tus pecados te son perdonados. ⁴⁹Y los que estaban juntamente sentados a la mesa, comenzaron a decir entre sí: ¿Quién es éste, que también perdona pecados? ⁵⁰Pero él dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado; vé en paz.

Perdón que sana

A una mujer se le ha ocurrido colarse una fiesta elegante. Esta mujer no es una mujer cualquiera, sino que es considerada “una pecadora”. Es probable que se trate de una prostituta, una meretriz muy conocida en la localidad. Jesús está en la fiesta, siendo atendido por un fariseo. Los fariseos se preocupaban por el debido decoro en las comidas, ¡y a la mujer se le ocurre arruinar la fiesta! Está convirtiéndose a sí misma en un espectáculo público al mismo tiempo que pone en entredicho a Jesús.

Según las pautas del decoro, a Jesús no le cabía otra opción que rechazar a la mujer, o, por lo menos, evitar que ella lo tocara. Después de todo, ¿no se daba cuenta él de la clase de mujer que era ella? Pero Jesús cede a su toque, al mismo tiempo que le da a entender a su interlocutor que le está leyendo sus pensamientos. Indirectamente esto significa también que Jesús está plenamente consciente de la clase de mujer de que se trata. Pero, en vez de mantenerla a una distancia prudencial, se distancia del fariseo a cuya mesa está reclinado.

El relato establece un agudo contraste entre la mujer pecadora, que se presenta como huésped sin invitación e indeseada, y el anfitrión del banquete que es un hombre respetable de la sociedad. El anfitrión ha invitado a Jesús a una comida tan magnífica que en realidad están recostados sobre la mesa. No se nombra a ninguno de los dos inicialmente. La cuestión de fondo es la inmensa discrepancia en la condición social, que se señala claramente desde el principio.

Una historia parecida se narra en los otros evangelios. En estos casos Jesús es ungido por una mujer al principio del relato sobre la Pasión, y según Marcos y Mateo, Jesús la alaba al declarar: “se contará lo que esta ha hecho, para memoria de ella” (Mt 26:13). En el Evangelio de Juan se dice que

era María de Betania. En la tradición posterior, se mezclaron todas estas historias, y la mujer “pecadora” con un frasco de alabastro fue identificada como María Magdalena. Lucas, sin embargo, la mantiene anónima.

Mientras que en los otros relatos el ungimiento se produce como anticipación de la muerte de Jesús, en la narración de Lucas 7 se trata de que Jesús ofrece perdón divino como respuesta al amor. ¿Pero no es el amor una secuela del perdón? ¿No es el perdón un don gratuito de Dios, su manera de abrazar amorosamente a las personas pecadoras, especialmente a las que se arrepienten? ¿Pueden acaso ser la acción desesperada de la mujer y sus lágrimas otra cosa que señal de arrepentimiento?

Hay una ambigüedad embarazosa en esta historia que no se resuelve fácilmente, si es que se puede. Muchos intérpretes han tratado de conciliar la falta de consecuencia, haciendo una distinción en esta historia entre varias capas de tradición. Las diferentes posturas se asignan a distintas capas, de las cuales las más recientes comentan y corrigen la anterior. Por esa razón la parábola que se inserta en el discurso de Jesús en los versículos 41-43 no cuaja con la historia; en realidad, más bien la interpreta equivocadamente, en vez de correctamente. Al final, pareciera que Jesús se opone a sí mismo.

En el versículo 47 Jesús explica el fastuoso amor de la mujer como una señal de perdón. Las traducciones de la primera parte de este versículo tratan de lograr consecuencia con la parábola y la última parte del versículo 47, que en la versión inglesa dice: “Sus pecados, que son muchos, han sido perdonados; por eso amó mucho”. Esto da pie a la interpretación de que su amor sigue al perdón de Jesús, o es generado por él. Sin embargo, el griego es ambiguo, y podría también significar, como trae la RV95: “Sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho”. Esto se contradice con la parábola y con las palabras finales del versículo 47: “a quien se le perdona poco, poco ama”. Esto indica que el perdón de Jesús es una respuesta al amor de ella. Y esto, en

¿Cómo percibes tú la relación entre amor humano y el perdón de Dios?

realidad, condice con el curso de la narración. Sólo al final, después de que se postra en amor, se le anuncia el perdón.

La ambigüedad es inherente al relato tal como nos consta. Una óptica unificadora consiste en el poder que tiene Jesús “aun de perdonar pecados” (versículos 48-49). ¿Pero hay requisitos para ello? El breve discurso de Jesús dirigido a Simón, su anfitrión fariseo, parece ofrecer la explicación. También demuestra que Jesús conoce lo que está oculto. Demuestra su capacidad profética, no despidiendo a la muchacha, sino haciéndole comprender a su anfitrión fariseo que puede leerle los pensamientos. Jesús le narra una parábola. Es sencilla y refleja las crueles realidades de la vida, cuando la gente se ve fácilmente atrapada en crecientes ciclos de deudas. El giro inesperado de la parábola consiste en la inimaginable cancelación de las deudas de quienes no están en condiciones de pagar. Sin embargo, el punto de comparación no es la cancelación, sino lo que sigue. El perdón es una fuerza sanadora; genera amor. Cuanto más se perdona, más amor se suscita.

La aplicación debiera ser obvia, ya que la mujer es una pecadora, a ella se le ha perdonado más, y ama más a Jesús que las personas, incluidos los fariseos, cuyas vidas son pundonorosas e inmaculadas. Su necesidad de perdón es menor, y en consecuencia aman menos. Hasta aquí todo va bien. Sin embargo, la lógica también impone que la mujer fue perdonada antes de que se hiciera presente con sus exagerados regalos y su acto de amor. Esto ha inducido a muchos intérpretes a suponer un encuentro previo entre Jesús y la mujer, ocasión en que sus muchos pecados fueron perdonados, en que se canceló su inmensa deuda. En otras palabras, se le da vuelta completa a la historia. Las palabras finales no van en la conclusión, sino que fueron pronunciadas antes, en una historia que no se relata. Pero no hay nada en el contexto más amplio de la narración que dé a entender que se habían encontrado antes. Así pues, ¿qué tiene de malo la lógica que Jesús alaba? ¿Qué cosa lo hace sonar

como si Simón, al juzgar acertadamente, en realidad se condena a sí mismo? La parábola debería haberle aclarado el panorama.

Jesús prosigue contrastando la conducta de la mujer pecadora con los fariseos. El balance arroja un resultado bastante a su favor. Su acto dramático y costoso se interpreta como una expresión de amor. Su llanto podría ser una señal de arrepentimiento, de gozo, de devoción. Si presumimos saber qué cosa es, violamos el silencio de la propia narración. Sus acciones no tienen el propósito de satisfacer una necesidad básica de sustento. Tanto en función de sus medios como su *modus vivendi*, su servicio es excesivo; es de índole superflua.

Discútanse ejemplos en el ámbito local de encuentros parecidos al de la mujer y el fariseo. ¿De qué manera está Jesús activo en medio de ellos?

Mientras que en los otros relatos son los discípulos de Jesús quienes se quejan del derroche implícito, no hay indicios de una reacción semejante en Lucas. La mujer se roba la fiesta del fariseo, y Jesús convierte su acción en una crítica al fariseo anfitrión. No es pertinente preguntarse si las quejas de Jesús se refieren a gestos de hospitalidad esperables. La cuestión es que esta prostituta y aguadora de fiestas actúa de tal manera que el fariseo queda deshonorado en su propio reducto. Su falta de amor quedó al descubierto por causa del gran derramamiento de amor de parte de ella.

Las palabras finales de perdón Jesús se las dice directamente a la mujer. Por primera vez no es meramente la causa o tema de la conversación entre los hombres. Ella misma sólo habla por medio de sus acciones. Las palabras finales de Jesús reverberan relatos de curaciones. En esas historias las mujeres no reivindicaban derechos ni se imponen belicosamente. Parecen respetar las reglas del decoro, y se les ayuda porque Jesús mismo toma la iniciativa.

Esta mujer “pecadora”, que unge a Jesús con soberano desprecio de todas las

normas de una conducta respetable, constituye una notable excepción. No pronuncia palabra en todo el relato, y sin embargo es quien inicia todo lo que seguidamente acontece entre los hombres, y entre ella y Jesús. Con toda su humildad, se hace valer a sí misma. Es por esa razón que este relato se puede incluir entre lo que podríamos llamar las “historias belicosas” de la Biblia. Estas historias nos cuentan que a veces la gente pelea y discute con Dios, y Dios cede, incluso parece que fuera derrotado. El ejemplo famoso es el de Jacob que lucha con Dios durante toda la noche y no desiste hasta que recibe su bendición. En el

Evangelio de Marcos, la mujer sirofenicia le gana una discusión a Jesús, y su hija es sanada. Por último, tenemos a esta mujer pecadora quien con su derroche de amor deja mal parado al fariseo y es perdonada.

“¿Ves esta mujer?”

A ella Jesús le dijo; “Tu fe te ha salvado; vé en paz”. Su amor es interpretado como una expresión de fe, de la convicción de que Jesús puede sanar, y que en su perdón hay salvación.

Turid Karlsen Seim